

**P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.**

**LA MÍSTICA ANA MOËS  
Y SU ÁNGEL CUSTODIO**

**S. MILLÁN – 2022**

## MÍSTICA ANA MOES

Ana Moes (soeur Marie Dominique Claire de la sainte Croix) nació el 27 de octubre de 1832 en Luxemburgo. Tres de sus tíos fueron llamados por el Señor al sacerdocio. Dos de ellos murieron al principio de su carrera y el tercero fue Nicolás Luis Moes, doctor en teología y durante 30 años presidente del seminario de Cleveland en USA. Un primo hermano de Ana, el padre Matías Engler, la ayudó cuanto pudo. El padre Isidoro Moes, sobrino y ahijado de Ana fue sacerdote en la diócesis del Gran Ducado de Luxemburgo.

Desde muy niña Dios le hizo conocer su vocación como víctima por la Iglesia y que tenía como misión la fundación de un convento contemplativo de religiosas dentro de la Orden de Santo Domingo de Guzmán. Santo Domingo y santa Catalina de Siena fueron sus grandes acompañantes y amigos a lo largo de toda su vida.

Algo especial es que veía constantemente a su ángel custodio a su lado. Siendo niña, al despertar él le mojaba su mano en agua bendita para que hiciera la señal de la cruz y rezaba con ella una breve oración como lo hubiera hecho la más tierna de las madres.

Cuando tenía un año, aprendió el padrenuestro y el Credo, los mandamientos de Dios y de la Iglesia. La Virgen María le enseñó personalmente el avemaría en la fiesta de la Asunción del año 1833 <sup>1</sup>.

En 1834 la misma Virgen María le enseñó a intercalar en el Avemaría las palabras *Virgen concebida sin pecado* y le anunciaba la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, que Ana vería antes de ser anciana. La Virgen se le aparecía frecuentemente. Ella relata: *El rostro de la gloriosa Virgen era más brillante que mil soles, una gracia celeste rodeaba su persona, su vestido era más blanco que la nieve. Tenía en sus manos juntas una bella flor de lis, que tenía inscrita en letras de oro en sus pétalos: “He salido de manos de mi Creador como un lis inmaculado y no hay mancha en mí”. Y le dijo a Ana: Debes saber que, si tú honras con fervor mi inmaculada Concepción, el demonio no tendrá jamás poder sobre ti, ni durante tu vida, ni en el momento de tu muerte. Yo tendré una protección especial sobre aquellos que tengan mucha devoción a mi Inmaculada Concepción* <sup>2</sup>.

Su ángel custodio cumplía la misión de educarla en la adquisición de las virtudes, pero también le llamaba la atención y la reprendía, cuando cometía

---

<sup>1</sup> Barthel, *La Mère Marie Dominique Claire de la sainte Croix*, 1910, p. 8.

<sup>2</sup> *Ib.* p. 9.

faltas. Y ante la menor desobediencia, debía orar con los brazos en cruz, besar el suelo y hacer algunas genuflexiones como penitencia. Además, el ángel le quitaba las dulzuras sensibles y la privaba de su presencia sobre todo en Adviento y Cuaresma.

Un día de 1833 (tenía un año) su ángel se le presentó como un niño de cinco años, con aire dulce y triste, la cabeza inclinada y las manos cruzadas sobre el pecho. Él llevaba un corazón rodeado de espinas con gotas de sangre. Alrededor del corazón estaba esta inscripción: *Mira el Corazón de Jesús que sufre cada día por la Iglesia. ¿No quieres tú compartir tus sufrimientos con él?* Después de explicarle el ángel los sufrimientos de Jesús causados por los pecados de los hombres, le dijo que ella había sido escogida especialmente para reparar esos pecados con sus oraciones y sufrimientos, y que ella debía unir sus sufrimientos a los del divino Corazón. También le anunció que sus dolores comenzarían con problemas en la vista. Le hizo beber de un licor que llevaba y ella se sintió fuerte y llena de coraje.

La predicción se realizó pronto. La madre de Ana la había acostado bien y al amanecer del otro día sufría mucho y estaba medio ciega. Le dieron muchas medicinas sin aliviarla. Sufría mucho y le pedía a Dios que la llevara al cielo, pero los ángeles la consolaban y la animaban a unir sus sufrimientos a los de Jesús.

A los cuatro años ya deseaba sufrir para testimoniar su amor a Jesús, que se le aparecía en forma de niño con su Corazón desgarrado en el pecho. Sus padres la confiaron a una mujer, cuya ligereza de costumbres les era desconocida. No la atendía ni en sus necesidades más importantes. Pero su ángel la cuidaba y reemplazaba la falta de cariño de la mujer. A veces, su ángel le daba comida o le traía ropa limpia.

Cuando estaba en su propia casa y había mucho ruido y alboroto, su ángel la llevaba a la iglesia y rezaba con ella. Una vez la llevó su ángel ante un grupo de ángeles, que jugaron con ella como niños de su edad. Desde ese día, esa fue la recompensa que le daba algunos días. Su ángel la llamaba, a veces, *pequeña hermana* y la llevaba de la mano a prados llenos de flores, donde esperaba impaciente a sus compañeros celestiales para jugar. Refiere: *Allí hubiera querido quedarme siempre, pero cuando llegaba la hora, era preciso regresar a las espinas de esta pobre tierra y la despedida (de sus amigos celestes) era con lágrimas*<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Ib. p.13.

En ocasiones, con sus cinco años, el ángel la llevaba a una escuela celeste donde otros ángeles, bajo la forma de niños de su edad, la animaban a aprender y le enseñaban. Le enseñaron a hacer trabajos con aguja y le dieron clases de catecismo, que eran precedidas de una invocación al Espíritu Santo, seguida de una recreación en común con los ángeles.

Ella, a pesar de haber tenido solamente clases en la escuela de instrucción primaria dos años, siendo Superiora del monasterio, comprendía suficientemente el francés para dar cuenta de un libro que había leído y escribía en alemán correctamente y sin tachaduras; y podía ocuparse de los asuntos temporales y de la contabilidad del monasterio.

Una vez su ángel, casi siempre presente de forma visible, la tomó en sus brazos, siendo ella muy niña, cuando su madre dormía y ella se caía de la cama. Otra vez, acunada por una empleada imprudente, se cayó al suelo y se hizo algunas heridas en la cabeza. La sierva huyó de miedo, pero su ángel, siempre vigilante, le curó las heridas con un unguento celestial. Cuando su madre vino, estaba dormida y no se dio cuenta de nada. Otra vez, esa misma sierva la llevó a la orilla de un riachuelo donde se sentó y se durmió. Ana cayó al agua y, no pudiéndose sostener, se hubiera inevitablemente ahogado, si su ángel custodio no la hubiera protegido. La empleada se despertó y reconoció una protección maravillosa de su ángel y le tuvo desde entonces mucha devoción. Incluso le pidió a su ángel que secara pronto los vestidos de Ana; y la madre no observó nada especial.

Su ángel le revelaba a veces los planes de Dios sobre ella. De cada coro, un ángel tenía una misión especial con ella. En cuanto al gran arcángel san Miguel, había recibido la orden el día del bautismo de Ana de cuidarla de los ataques del infierno<sup>4</sup>. Ella escribió en su Diario: *Durante mi infancia, aunque mi ángel estaba continuamente a mi lado, yo sentía a veces que se manifestaban en mí malas inclinaciones. Mi ángel me cuidaba, velando sobre cada uno de mis pasos y, si veía algo reprehensible, me advertía. Él estaba celoso de mi corazón, pero era para prepararme como pequeña esposa del divino esposo, despegada de todo lo terreno*<sup>5</sup>.

*A los cinco años su ángel le enseñó a hacer oración mental y ella nos dice: Yo me representaba al Señor como un grande y poderoso Señor y soñaba con verlo y hablar con él. Hubiera querido tener alas para ir al cielo y les suplicaba a los ángeles que me llevaran ante él. Como no lo hacían, todo me parecía descolorido, hasta los mismos juegos con mis amigos celestiales.*

---

<sup>4</sup> Ib. pp. 15-16.

<sup>5</sup> Ib. p. 16.

*Después de algunos meses las meditaciones me llevaron a pensar en Jesús, en la Virgen María y en los misterios de la humanidad de Jesús. Mi corazón se llenó de amor hacia ese Dios que había venido a vivir en medio de nosotros y comencé a desear tener con él una unión más íntima cada vez. El ángel me enseñó que Jesús no deseaba tanto que lo conociera, sino que había muerto por amor a los hombres y que ellos le habían hecho llevar una corona de espinas. De modo que quise también llevar una corona de espinas para expiar la maldad de los hombres <sup>6</sup>.*

Cuando tuvo seis años su ángel le ayudó a confeccionar una corona y ella le pidió que se la llevara a Jesús para ver si estaba bien. El Salvador se le apareció y le puso la corona sobre su cabeza, diciéndole que la llevara hasta que él le diera la suya para reemplazarla. Ana llevó esa corona durante algunas noches y también algunos días en que nadie se daba cuenta.

A partir de los seis años, ella ayunaba en Adviento y Cuaresma sin comer nada. Los ángeles le llevaban entonces hacia mediodía un maná celestial, que la reconfortaba y llenaba su alma de tal alegría que muchas veces le pedía a su ángel permiso para ayunos complementarios por el placer de gustar del maná <sup>7</sup>.

Como tenía los ojos malos, Ana vivía aislada. El gato y el perro se beneficiaban de sus privaciones. Cuando debía estar en la mesa con su familia, la reprendían si echaba comida al gato o al perro. A veces su ángel hacía desaparecer y llevaba la comida a algún pobre, tomando la forma de una niña y acompañando su regalo con palabras amables para hacer la comida más agradable y reconfortante a los pobres.

Además de tener malos los ojos, le vino la viruela y durante un año, su cuerpo se llenó de postillas y abscesos. Le habían invadido incluso su boca y garganta hasta el punto de hacerle imposible comer. Hubiera muerto de hambre, si su ángel no hubiera venido en su socorro. Él le soplabá en la boca, en forma de cruz cada vez que ella trataba de tragar algo. También la consolaba con sus caricias. Por otra parte la Virgen le enseñó a rezar el rosario. Santo Domingo se le apareció con frecuencia mientras santa Catalina de Siena y santa Rosa de Lima le fueron presentadas como futuras hermanas. Sobre san José, ella se imaginaba que estaba muy ocupado, confeccionando mesas y sillas de oro para el paraíso.

Los ángeles la llevaban a veces a rezar ante el sagrario de la iglesia o para que oyera misa, explicándole la presencia real de Jesús en la Eucaristía. Cuando

---

<sup>6</sup> Ib. p. 19.

<sup>7</sup> Ibídem.

estaba ante el sagrario, refiere, *yo me entretenía en hablar con Jesús. Siempre tenía algo que pedir.*

El 8 de diciembre de 1838 Ana se debía confesar por primera vez con otros niños de la parroquia. Su ángel le hizo la preparación con mucho cuidado, mostrándole las pequeñas faltas de su alma. Su confesión fue tan clara y sincera que su confesor le preguntó quién le había preparado. Ella respondió con sencillez: *Mi ángel custodio.* Y quedó sorprendida, cuando el buen cura, amigo de los niños, le ordenó como penitencia ir a pedir a su madre una rebanada de mantequilla. ¿Qué hacer? Era día de ayuno y no quería desobedecer. El ángel zanjó la cuestión, decidiendo que Ana pidiera la rebanada de mantequilla y se la diera a un pobre en expiación por sus pecados <sup>8</sup>.

Desde el amanecer del día de la Inmaculada, el ángel llevó a Ana delante del altar de la Virgen, donde le esperaba un ángel de los coros Superiores. Ella quería entregarse totalmente al Señor y se quedó extasiada. Vio a su esposo Jesús en un trono celestial maravilloso junto a su Madre y san José, santo Domingo, santa Catalina de Siena y santa Rosa de Lima y una gran multitud de ángeles. Ana ante ellos pronunció su voto de castidad perpetua. Jesús le dijo: *Ven, pequeña amada de mi corazón. He recibido tu ofrenda complacido. Yo te he escogido para ser la esposa de mi Corazón.* El Corazón de Jesús se abrió y la Virgen introdujo en él a Ana. Después el Señor continuó: *Eres toda mía y yo soy todo tuyo. A partir de hoy, tú no debes querer sino lo que yo quiero, desear lo que yo deseo y estar donde yo quiero que estés. Tú debes obrar, trabajar y sufrir por mí. Te doy como regalo de bodas los sufrimientos, persecuciones, humillaciones y una corona de espinas, que completa tu adorno como pequeña esposa de la cruz* <sup>9</sup>.

En esta época de su primera comunión, Jesús la llevó por primera vez a visitar las almas del purgatorio. Las vio bajo la forma de pequeños niños, sufriendo cruelmente e implorando compasión y socorro. Ella aprendió lo importante y eficaz de las indulgencias y rezaba el rosario con su ángel en favor de esas almas del purgatorio y, a veces, conseguía sufrir en su lugar.

Sus ojos enfermos mejoraron y en octubre de 1840 pudo ya ir a la escuela. Pero sus compañeros no parecían tan encantadores como otras veces. Ella se sintió mal y solo perseveró con lágrimas y por obediencia. Tenía ocho años y sabía muchas cosas, nadie sabía cómo. Por eso su padre, que era el maestro, la puso para supervisar e instruir a otros niños. En los recreos algunos niños eran malos y con malos instintos. Su ángel le había prohibido comunicarse con esos

---

<sup>8</sup> Ib. p. 22.

<sup>9</sup> Ib. p. 23.

malos niños y una desobediencia en este punto fue severamente castigada. Tuvo que rezar el rosario durante un mes entero con los brazos en cruz, arrodillada. El ángel durante este tiempo estaba serio y respondía brevemente a sus preguntas y no la llevó a jugar con amigos celestiales.

Durante las horas que no tenía clase, ayudaba a su madre en la medida de sus fuerzas. El ángel suplía frecuentemente lo que ella no podía, pero no le permitía leer lecturas inútiles <sup>10</sup>.

Su ángel la preparó para la primera comunión durante un año. La animaba a orar y a desear vivamente recibir a Jesús en la comunión. Tres veces al día la llevaba ante el sagrario de la iglesia y allí hablaba dulcemente con Jesús. Algunas veces cometió faltas que, de mayor, consideró grandes pecados como tomar cosas de su casa sin permiso para dárselas a los pobres. Una vez tomó tres manzanas a un vecino para dárselas a un niño que lloraba bajo el árbol. Reconoció de inmediato su pecado y se prosternó a los pies de su ángel, pidiendo perdón y penitencia. Durante un año le prohibió comer manzanas. Eso fue un buen castigo, pues le gustaban las frutas y concretamente las manzanas. Por su parte hizo el propósito de no comer manzanas en toda su vida, como reparación de su pecado, a no ser por necesidad absoluta. Fue a confesar su falta a Jesús ante el sagrario y le pidió perdón. El Señor la recibió con bondad y la consoló. Unos días después, unas pocas monedas echadas en la alcancía de la iglesia fueron robadas y le echaron la culpa Ana, que sobrellevó esta humillación con fortaleza.

Algunos días llevaba una cadena de hierro o se flagelaba para hacer penitencia por amor a Jesús y reparación de los pecados de los hombres.

La fiesta de la Santísima Trinidad de 1842 fue un día muy importante en la vida de Ana. Ocho días antes, el ángel le hizo hacer un retiro al que asistieron sus amigos celestes. Fueron días de recogimiento, pero dos días antes de su primera comunión cayó enferma y se temió que no pudiera acompañar a sus otros compañeros a la comunión. Fue una dura prueba, soportada con espíritu de fe y abandono a la voluntad de Dios. Su ángel custodio le inspiró ofrecer sus dolores en expiación por la frialdad y la irreverencia de otros con ocasión de su primera comunión. Por fin todo se arregló y pudo hacer la comunión sin problemas. La noche anterior la pasó en oración y los ángeles, dice ella, la coronaron con una corona de flores y la vistieron con un vestido blanco. Desde el amanecer, fue al altar de la Virgen a pedirle que preparara su corazón como su divino Hijo deseaba. Su ángel estaba con ella muy cerca y le sugería actos de fe y de amor.

---

<sup>10</sup> Ib. pp. 24-25.

Llegó el momento feliz, Ana oyó primero una música deliciosa acompañada de cantos de ángeles y caminó hacia el altar, acompañada de su ángel. Al momento en que el Señor entró en su corazón, Jesús le hizo comprender el gran amor que le llevaba a rebajarse hasta su criatura. Le dijo: *No temas, mi Majestad se retira por tu amor. A medida que mi gracia y tu cooperación crezcan en tu alma, mi Majestad y mi gloria se manifestarán más*<sup>11</sup>.

Ana se preguntaba qué podía dar a su divino huésped y Jesús le hizo saber que le agradecería que ella hiciera siempre lo más perfecto bajo pecado venial. Los ángeles debían resolver cada caso dudoso. Ella conoció de una manera más clara que debía sufrir por la Iglesia y por los intereses del Corazón de Jesús. Su misión con relación a la Orden de Santo Domingo le fue enteramente mostrada. Debía también rezar por la Compañía de Jesús y el buen entendimiento entre ambas Órdenes.

*Nos dice: Hasta ese día, nadie me había hablado de la Orden de los dominicos. En cuanto a los jesuitas, no sabía que se trataba de religiosos. Yo creía que eran como los bohemios que veía atravesar el pueblo y que me inspiraban miedo, porque sentía que estaban sumergidos en la noche de la incredulidad y bajo el poder del demonio. Me acuerdo que, cuando san Ignacio se me apareció poco tiempo después el día de su fiesta, mi primer deseo fue pedirle humildemente perdón por mi equivocación. El santo me respondió amablemente que sus hijos debían esperar cosas parecidas, pues él había pedido para ellos persecuciones para que conservaran su fervor.*

Teniendo diez años, Ana cesó de frecuentar la escuela y aprendió a santificar las humildes labores del hogar con una oración y a unir sus trabajos a los del divino adolescente de Nazaret. Su amor y su devoción a la pasión del Señor iban creciendo en su alma.

En 1844, en la fiesta de San Pedro y San Pablo, Ana recibió de manos de Monseñor Juan Teodoro Laurent, vicario apostólico de Luxemburgo, el sacramento de la confirmación. Ese mismo año hizo una peregrinación a la Santa Túnica del Señor, expuesta en Trèves, y a partir de ese momento sus ojos fueron definitivamente curados. Ella pudo hacer hasta el fin de sus días trabajos de aguja y escribir durante noches enteras.

Con 15 años ella se ligó en amistad con la sobrina del párroco, una joven poco reservada y que encontraba gran placer en ir a los bailes, que se organizaban en los pueblos con ocasión de las fiestas patronales. Esa amistad no era apropiada para un alma colmada de gracias divinas como Ana. Sin embargo,

---

<sup>11</sup> Ib. p. 29.



el sacerdote y el padre de Ana consentían esa amistad y ella se dejó llevar, aunque su ángel no la aprobaba. Fue reprendida por su ángel, que le reprochó dulcemente esa compañía. Ella, derramando lágrimas, pidió perdón delante del sagrario y prometió a Jesús no hacer nada sin permiso de su ángel guardián. Sin embargo, la sobrina del párroco pudo obtener con su insistencia permiso para ir al baile una segunda vez con su amiga Ana. Esta vez Ana comenzó a tomar gusto a esas diversiones mundanas, pero Jesús estaba celoso de su bien y poco tiempo después se le apareció a Ana como Pilatos lo presentó al pueblo y le reprochó severamente olvidar lo que le había prometido. Ana, asustada, huyó a su casa. Así se curó para siempre del deseo de tomar parte en semejantes placeres.

Ana se dedicó a cumplir con los trabajos de la casa. Los ángeles suplían sus fuerzas cuando lo necesitaba. Ella hacía ayunos, aunque pidió al Señor poder tomar un poco de leche cuajada o frutas, pero nada sustancioso. Las noches las pasaba casi enteras en oración y llevaba desde su primera comunión un cadena de hierro, que solo se quitaba cada 24 horas por orden de su confesor.

El Señor la visitaba durante sus ocupaciones en el campo. Se le aparecía en las viñas y le enseñaba cómo cuidarlas, dándole a la vez enseñanzas divinas. También le hablaba de sus dolores por los sacerdotes negligentes en su trabajo en la viña del Señor.

Una hermana de su comunidad, cuando Ana era Priora del convento que fundó, recuerda que por las noches, cuando se ocupaba en escribir y no podía dedicarse a la oración como acostumbraba, se oían en su celda ruidos de alas y de pájaros como si estuvieran reunidos en su celda en gran número. Otras veces eran los insectos que ella invitaba a alabar al Creador con ella. Cuando se presentaban extranjeros para hablar con ella, sabía de qué país era cada uno. Un día entró en su celda una hermana de la comunidad para pedirle algo y se sorprendió al encontrarla llena de pájaros. Ana tomó al más grande y lo puso fuera de la ventana y ordenó a los otros a seguirle y después les permitió entrar cuando terminó de hablar con la hermana <sup>12</sup>. En la fiesta de la Epifanía de 1850, Jesús le envió un serafín con la misión de anunciarle su matrimonio místico para el 20 de enero siguiente, fiesta del nombre de Jesús. La noche entera precedente se la pasó en oración. Desde el amanecer estaba ya delante del sagrario, consagrando a Jesús su corazón y todas sus facultades, su cuerpo y su alma. En el momento de la comunión, entró en éxtasis y se vio transportada al cielo delante de la S. Trinidad. El Salvador se presentó, teniendo a su derecha a su Madre y a la izquierda a san José, santo Domingo y santa Catalina de Siena con un brillante cortejo de vírgenes. Miles de ángeles rodeaban el trono de la Trinidad.

---

<sup>12</sup> Ib. pp. 29-30.

Se presentó un serafín, más brillante que los demás, llevando sobre su diadema una cruz. Él tenía en una mano una palma y en la otra un anillo precioso y sonreía a la feliz novia, a quien invitó a seguirle.

Las vírgenes cantaban y los acompañaban ante el trono del divino esposo. El serafín se inclinó respetuosamente delante de la reina de los ángeles y de las vírgenes y le dio el anillo a María, que ella dio a su divino Hijo. Ana, arrodillada a sus pies, estaba esperando con transportes de amor y reconocimiento el momento solemne. La Virgen tomó su mano derecha y la posó en la derecha de Jesús y dijo: *Mi Señor y mi Hijo, mira la esposa que os habéis escogido desde toda la eternidad. Desposadla con vuestro amor.* El Señor le puso el anillo en medio de la mano derecha de Ana y le dijo: *Yo, tu Creador, tu Salvador y tu esposo que te he amado desde toda la eternidad, te desposo en la fe que tú guardarás, hasta el fin de tu vida, pura y sin mancha. Triunfarás sobre los poderes del infierno. Sé fuerte en la fe. Cumple generosamente y fielmente mi voluntad.*

El anillo que el Señor le puso en su mano derecha llevaba la inscripción: *Esposa de mi dulcísimo Corazón, ámame.* Era de oro purísimo y estaba enriquecido de diamantes y otras piedras preciosas. Aunque permanecía invisible a todo el mundo, ella lo veía con sus ojos. Era como un espejo en el que Dios le dejaba ver sus menores faltas, permitiendo que tal o cual piedra se oscureciese según había faltado a una u otra virtud <sup>13</sup>. Algunas veces el anillo desaparecía de su vista en momentos de prueba, sobre todo cuando había faltado a la humildad de espíritu.

Cuando Ana tomó por director espiritual al padre Romi, este le mandó que se quitara de inmediato la cadena de hierro que llevaba puesta, pero como la tenía incrustada en la carne, ella tuvo que recurrir a la ayuda de los ángeles para poder sacarla <sup>14</sup>.

El demonio, con el permiso de Dios, la hizo sufrir mucho y ella todo lo ofrecía por la conversión de los pecadores y por las almas del purgatorio. Jesús también le pedía oraciones por la renovación de la Orden de Santo Domingo (dominicos) y para la fundación de un convento femenino con el fervor de los primeros tiempos.

En 1858 murió su tío sacerdote que había vivido muchos años en USA y el ángel custodio de su tío se le presentó con su alma con la forma que había tenido en este mundo. Estaba muy triste y pálido, con señales de un gran

---

<sup>13</sup> Ib. p. 39.

<sup>14</sup> Ib. p. 53.

sufrimiento y su ángel me dijo que estaba en el purgatorio y que podía salir pronto, si ella aceptaba sufrir en su lugar. Ella asintió sin dudar. Era a las ocho horas de su fallecimiento y, apenas la visión desapareció, Ana se sintió invadida de un tal fuego interior, que estaba al final de sus fuerzas. El médico la trató, pero los remedios no le hacían nada. Le administraron el sacramento de la unción de los enfermos, pensando que iba a morir. Tenía intensos deseos de ver a Dios, como los hubiera tenido su tío. La segunda vez que lo vio, lo vio acompañado de su ángel custodio, entrando en el cielo. Iba vestido con los ornamentos sacerdotales, como sube el sacerdote al altar para celebrar la misa <sup>15</sup>. Estas comunicaciones con almas del purgatorio las tuvo hasta el fin de su vida.

Un día se le presentaron varias almas del purgatorio, dos eran sacerdotes, tres eran parientes suyos, muertos antes de su nacimiento, y todos pedían oraciones. Ella rezaba varios rosarios cada día por sus almas. También mandó celebrar una misa por ellos y vio que, en el momento de la consagración, cayó sobre ellos la bendición como rayos luminosos y terminó de purificarlos. En ese mismo instante entonaron un canto de alabanza y de acción de gracias y, subiendo en compañía de sus ángeles custodios, desaparecieron.

Otro día estaba en una casa de extranjeros y vio en un rincón una persona que había muerto hacía cinco años. Lloraba con grandes lágrimas. Ella estaba allí desde hacía cinco años sin ninguna relación con otras almas, completamente olvidada de los suyos y recibiendo mucho dolor al ver el modo de vida que llevaban sus familiares ante sus ojos. Era un castigo por un pecado que había cometido en ese lugar, pero que había tenido graves consecuencias. Yo le pregunté a mi ángel cómo podía ayudarla. Mi ángel se arrodilló a mi lado e hicimos a Dios Padre cinco ofrecimientos de la sangre de su Hijo por las cinco llagas de Jesús. Entonces apareció el ángel guardián de esa alma, llevando un vaso en el que se encontraba una gota de la sangre de cada llaga del Salvador. El la echó sobre la cabeza de esa alma, que la alivió mucho y la llevó al purgatorio, donde yo la encontré después.

*Dice: Con frecuencia encuentro allí pobres almas errantes como ovejas sin pastor. Muchas están a la puerta de las iglesias e imploran piedad de los que entran. Yo he visto almas que debían sufrir 50 ó 60 ó 100 años delante de la iglesia parroquial en reparación de su falta de respeto, asistiendo a misa, pero también hay almas que son como de hierro o acero y no dejan entrar la virtud de la sangre divina.*

*Un día vi el alma de un sacerdote, que llevaba 35 años en el purgatorio, aislado de los demás. Sufría muchas penas, no teniendo jamás la visita de los*

---

<sup>15</sup> Ib. p. 66.

*ángeles que bajan al purgatorio para consolar y animar a las almas. Él decía que debía su salvación a san José, que le había obtenido a la hora de la muerte la gracia de la contrición. Estaba condenado al purgatorio por centenares de años, principalmente porque, por amor desordenado de algunas personas, había dejado de celebrar la misa.*

*He visto también una vez una Superiora de una comunidad numerosa. Ella tenía que expiar, no solamente sus propias faltas, que habían consistido en intrigas para llegar a ser Superiora, sino también las de sus hijas, por su debilidad en el ejercicio de su cargo sin corregirlas, les había dado demasiada libertad en el locutorio con la familia y había tolerado ocupaciones inútiles y comodidades incompatibles con el espíritu religioso, e infracciones al voto de pobreza. Ella estaba en los confines del infierno <sup>16</sup>.*

*Algunas pasan su purgatorio en el lugar donde han muerto. Las que han llevado buena vida, solo quedan unas horas o un par de meses o días. Algunas se purificaron en esta vida antes de morir. Pocas horas o días de purificación o expiación aquí en la tierra valen más que años en el purgatorio. La devoción a la Virgen es importante. Por ejemplo una persona tenía gran devoción a la Virgen de los Siete Dolores y, cuando veía una imagen suya, rezaba siete avemarías en su honor, aunque lo hiciera por rutina sin mucha devoción, pues tenía una vida con injusticias y otros pecados, pero Nuestra Señora no olvida lo que se ha hecho por ella. Y en el momento de su muerte la Virgen puso en su alma la imagen viva de sus dolores y el alma se llenó de contrición de todos sus pecados. Una vez en el purgatorio, gozó de la visita frecuente de la Virgen <sup>17</sup>.*

Cuando era Superiora del convento, a veces no había pan y dice que su ángel y san José intervenían y lo hacían aparecer en el armario o en otro lugar, o enviaban a alguien trayendo comida. El 30 de agosto de 1862, Ana estaba preocupada por una deuda que no sabía cómo hacer para pagarla y fue visitada y consolada por santa Rosa de Lima, que le dio 500 francos de parte de san José, pues san José había sido nombrado por ella como procurador general. Otra vez el mismo san José le dio 100 francos.

También recibió la gracia, al igual que otros santos, de los estigmas incluida la corona de espinas. Durante seis años pasó las Cuaresmas sin alimento alguno.

Cuando el demonio la combatía y le hacía sufrir, a veces venían los ángeles a ayudarla y defenderla. En ocasiones los ángeles de coros inferiores

---

<sup>16</sup> Ib. pp. 70-71.

<sup>17</sup> Ib. pp. 73-74.

luchaban algún tiempo con los demonios antes de vencerlos, pero cuando aparecía san Miguel huían aterrorizados al infierno. Afirma: *Yo no podría enumerar las veces que he sido socorrida por este gran arcángel Miguel y, por eso, le tengo mucha devoción.* A veces en la batalla con los demonios, se presentaban los santos amigos de Ana como santa Teresa, el 15 de octubre de 1870. Vino santa Teresa con la compañía de san Miguel y ella quedó en éxtasis y vio a Santa Teresa, acompañada de muchos otros santos y rodeada de una gran multitud de ángeles.

También tuvo la gracia de la bilocación, de estar en dos lugares a la vez. Por ejemplo estaba ocupada en sus trabajos de escribir cartas y a la vez estaba en espíritu con sus hermanas en medio de sus ocupaciones o bien la encontraban en la iglesia delante del sagrario en adoración.

Nos dice: *El día de Navidad, a las tres de la mañana, fui a asistir a los Maitines a la iglesia y durante el camino estuve acompañada de multitud de ángeles que cantaban alabanzas al Niño Dios. Entre ellos había uno de un resplandor particular, que ya se me había aparecido otras veces, recomendándome rezar por el alma que tenía encargada, de la que era su ángel custodio. Era el ángel custodio del cardenal Joaquín Pecci. También estuvo en comunicación con el ángel del Papa Pío IX los cinco días anteriores a su muerte. Cuando murió, ella vio su alma como una columna de luz, acompañada de muchos ángeles hacia el trono de Dios.*

En octubre de 1891, cuando era Superiora de su convento de dominicas, vino a visitarla el abad Wyart de la trapa de Septfons y el ángel de Ana le dijo que él era la persona por la que el Señor le había pedido rezar hacía 25 años por el crecimiento de la Orden de San Benito.

Ana Moës, sor Marie Dominique Claire de la sainte Croix, murió en 1895 después de una vida santa. Dios la llenó de abundantes carismas y especialmente tuvo la gracia de tener a su lado a su ángel para ayudarla en su diario caminar. Al final tuvo una parálisis que la limitó mucho, renovando su ofrecimiento de víctima por la Iglesia y por los pecadores, las almas del purgatorio y la Orden dominica, en especial por el convento que ella había fundado. Murió el 24 de febrero de 1895. Tenía 62 años y cinco meses. Sus restos fueron acompañados por una gran multitud de fieles y sacerdotes al cementerio del convento, donde fueron enterrados. Ella quiso que todo fuera muy sencillo y humilde y su tumba fue marcada solo con una cruz como las de las demás hermanas. Sus hijas le llevan muchas flores y hacen de ese lugar un lugar de oración en todas las necesidades del cuerpo o del alma.

&&&&&&&&&&&